



Reportear una Verdad Explosiva: *Boston Globe* y los Abusos Sexuales en la Iglesia Católica

A comienzos de noviembre de 2001, Michael Rezendes revisaba una pila de documentos fotocopados en su escritorio del diario *Boston Globe*. Los documentos constituían evidencia en una serie de querellas civiles en curso en contra del ex sacerdote católico John Geoghan, acusado por más de 100 personas de cometer abusos sexuales. Rezendes descubrió que algunos de los documentos eran muy importantes. Uno de ellos era explosivo.

Rezendes integraba el Equipo Spotlight, un equipo de investigación del diario compuesto por cuatro personas. En julio de ese año, el nuevo editor del *Boston Globe*, Martin Baron, había pedido al equipo investigar el problema de los abusos sexuales en la famosa Arquidiócesis Católica de Boston. Los investigadores tenían dos objetivos: averiguar si el caso de Geoghan era parte de un patrón de abusos sexuales por parte de sacerdotes, y, si fuese así, descubrir si la arquidiócesis había protegido a los perpetradores y ocultado sus crímenes.

Para principios de noviembre, el Equipo Spotlight había descubierto una historia mucho más grande de lo que esperaba inicialmente. A través de la revisión de documentos y conversaciones con víctimas y abogados, habían encontrado evidencia que sugería que muchos sacerdotes, tal vez decenas, habían abusado a niños, y que la iglesia no sólo intentó encubrir sus crímenes, sino que – al trasladarlos a nuevas parroquias – también les permitió seguir cometiéndolos. Ninguna pieza de evidencia era más importante que el documento descubierto por Rezendes. Ese documento comprobaba que el poderoso arzobispo de Boston, el Cardenal Bernard Law, sabía del historial de pedofilia de Geoghan antes de reubicarlo en parroquias donde muchos de sus presuntos crímenes fueron cometidos.

Los reporteros de Spotlight planeaban publicar un gran reportaje sobre Geoghan en enero, para que coincidiera con el inicio de su juicio. Querían que el reportaje fuera a prueba de balas. Así operaba Spotlight, y tenía aún más sentido en este explosivo caso. Boston era una ciudad de mayoría católica, la única en el país, y la arquidiócesis era la institución más poderosa de la ciudad.

Este caso fue escrito por David Mizner para el Knight Case Studies Initiative, Graduate School of Journalism, Columbia University. Fue supervisado por el Profesor Ari Goldman y financiado por John S. and James L. Knight Foundation. (0109). Fue traducido al español por Pascale Bonnefoy, profesora del Instituto de la Comunicación e Imagen de la Universidad de Chile, en 2013.

Copyright © 2009 The Trustees of Columbia University in the City of New York. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, revisada, traducida, almacenada en un sistema de recuperación utilizado en una hoja de cálculo o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otro) sin autorización escrita de Case Consortium.

El reportaje tenía el potencial de remecer la ciudad hasta sus cimientos. Para complicar aún más las cosas, muchos católicos de Boston ya consideraban que el *Globe* era un periódico liberal, elitista y anti-católico.

El documento que tenía Rezendes era público: era parte de un expediente que cualquier reportero judicial podría encontrar. Aunque los periodistas del *Globe* estaban seguros de que estaban mucho más avanzados en la historia que sus competidores, este documento en sí era una gran noticia que no querían perder ante un medio de comunicación rival. El equipo tenía que tomar una decisión. Podía seguir adelante según el plan y dejar el artículo sobre el Cardenal Law y Geoghan hasta enero, o podía publicarla lo antes posible. El instinto básico de competencia indicaba que había que publicarlo de inmediato. La necesidad de ser exhaustivos y lograr el máximo impacto posible señalaba que había que esperar.

***Boston Globe* — una breve historia**

La historia del diario que estaba a punto de desafiar a la Iglesia Católica era muy rica. Fundada en 1872 por un grupo de hombres de negocios encabezados por Eben Jordan, cofundador de la tienda comercial Jordan Marsh, luchó por encontrar lectores en una ciudad donde ya circulaban 10 periódicos. Sin embargo, comenzó a crecer bajo el liderazgo del director Charles Taylor, y en 1886 tenía la mayor circulación de todos los diarios en el país, fuera de Nueva York.¹ Los descendientes de Taylor se hicieron cargo del diario por varias generaciones.

El *Globe* siguió siendo una empresa familiar hasta 1973, año en que se abrió al mercado bursátil como parte de la recientemente creada Affiliated Publications. Desde sus inicios, la página editorial del *Globe* se había alineado decididamente con el Partido Demócrata. El legendario editor Tom Winship (1965-1984) llevó la posición editorial del *Globe* más hacia la izquierda en los años sesenta y setenta, cuando el diario desarrolló una reputación de ser liberal – liberalismo audaz para sus simpatizantes, liberalismo irreflexivo para sus detractores.

Cuando Matthew Storin asumió como editor en 1993, quiso hacer el *Globe* menos liberal, o al menos predeciblemente liberal. Su periodo estuvo marcado por el éxito y el escándalo. Bajo Storin, el *Globe* puso fin a una década de sequía del Pulitzer, ganando cuatro premios. Según una encuesta sobre editores realizada en 1999 por *Columbia Journalism Review*, el *Globe* era (empató) el sexto mejor periódico en el país. Pero en 1998, Storin aceptó la renuncia de dos columnistas estrellas que habían fabricado citas y personajes.² Este doble escándalo suscitó especulaciones sobre el futuro de Storin; se mantuvo en el cargo por otros dos años.

¹ Louis M. Lyons, *Newspaper Story: One Hundred Years of the Boston Globe*. (Harvard University Press, 1971), p.60.

² Los columnistas eran Mike Barnicle y Patricia Smith.

Mientras, la propiedad del diario pasaba por cambios. En 1993, la familia Taylor – dueños durante 126 años – vendió el *Globe* a New York Times Company por \$1.1 mil millones, el más alto precio pagado por un periódico en la historia. La venta significó un golpe para un diario que se enorgullecía de su independencia y para una ciudad que consideraba a Nueva York un rival. Como parte del acuerdo, Times Company acordó no intervenir en las operaciones del *Globe* durante cinco años.

Seis años más tarde, abruptamente reemplazó al director Benjamin Taylor con uno de sus propios altos ejecutivos, Richard Gilman. El manejo día a día del *Globe* por parte de la familia Taylor había llegado a su fin. En una reunión, el personal del *Globe* recibió a Gilman con silencio; había una “sensación de una ocupación hostil”, de acuerdo a la columnista Ellen Goodman.³ Gilman era especialista en distribución y operaciones, y algunos analistas consideraban que su designación era un esfuerzo por mejorar el desempeño financiero del *Globe*. El periódico, aunque dejaba ganancias, no había alcanzado las metas fijadas por Times Company. Otros analistas decían que Times Company simplemente buscaba ampliar su control del diario.

Cuando Baron asumió como editor en el verano boreal de 2001, el *Globe*, como la mayoría de los diarios en todo el país, estaba perdiendo lectores. En 1993, cuando Times Company lo adquirió, el *Globe* tenía una circulación diaria de 504.869 y los domingos de 811.409. En la primera mitad de 2001, en el contexto de una deceleración económica, estos números habían caído a 467.217 y 710.256.⁴ Aún así, el *Globe* era lejos el diario más grande en New England y uno de los 15 más grandes en el país (su edición de domingo era uno de los 10 más grandes). Sus lectores, además, eran educados y afluentes; como tal, era atractivo para los avisadores. El nuevo trabajo de Baron era uno de los más cotizados del periodismo.

Baron: Un nuevo rostro

Baron representó un cambio importante para el *Globe*. Los dos editores anteriores habían sido católicos irlandeses; Baron era judío, hijo de inmigrantes israelíes. Todos los editores anteriores en la historia del *Globe* habían surgido desde dentro del diario; Baron había sido editor ejecutivo del *Miami Herald* y, antes, editor general asociado del *New York Times*. Era nuevo no sólo para el *Globe*, sino para Boston. La reputación de insularidad y provincialismo que tenía Boston tal vez era exagerada, pero no venía de la nada. Comentando la contratación de Baron, un veterano del *Globe* se quejó de que Baron no sabía nada de Boston, sugiriendo que “no sabría encontrar la calle Boylston”.⁵

³ Howard Kurtz, “The Shot Heard Round the Globe: N.Y Times Co. Fires Publishers in Consolidation Move.” *The Washington Post*, 13 de julio de 1999.

⁴ Los datos provienen de la página web de New York Times Company (http://www.nytc.com/investors/financials/boston_globecirculation.html)

⁵ Bill Beuttler, “Global Warming.” *Boston Magazine*, enero 2002.

Aunque los periodistas del *Globe* podían objetar la contratación de una persona externa – “un hombre del Times”, más encima – no podían decir que Baron no estaba cualificado. La revista *Editor and Publisher* recién lo había nombrado Editor del Año por su trabajo en *Miami Herald*, que había atraído la atención nacional por su cobertura de la elección presidencial de 2000 y ganado un Premio Pulitzer en 2001 por su cobertura del caso del niño de seis años Elián González, quien había sido objeto de una disputa sobre custodia que involucró a los gobiernos de Cuba y Estados Unidos.

Una pregunta. A las 10:30 de la mañana del 30 de julio de 2001, Baron entró a su primera reunión como máximo editor del *Globe*. Había asumido el cargo esa misma mañana. En su mente estaban, entre otras cosas, una columna publicada en el *Globe* el día anterior. Esa columna, escrita por Eileen McNamara, era sobre John Geoghan, un sacerdote católico romano retirado quien presuntamente había abusado sexualmente a más de 100 niños. Una de las tantas demandas civiles en contra de Geoghan había sido presentada por 25 personas que afirmaban haber sido violadas entre 1985 y 1993. El Cardenal Law – quien había trasladado a Geoghan a las parroquias donde los presuntos crímenes se cometieron – era uno de los acusados en la demanda.

La demanda aún no llegaba a juicio, pero los abogados ya habían comenzado a presentar sus escritos ante la corte. En su columna, McNamara mencionó que esos documentos estaban sellados, fuera del alcance público. Baron venía de Florida, que tiene una expansiva ley de acceso a documentos públicos; como editor del *Herald*, no había dudado en presentar demandas por acceso a documentación. En la reunión del 30 de julio, Baron preguntó si alguien había considerado cuestionar la orden de confidencialidad de la corte. Sólo hubo silencio de respuesta. No era una idea revolucionaria, sino una que no se le había ocurrido a nadie más. “La gente aquí supuso que porque había una orden de confidencialidad, no había otra manera de tener acceso a esos documentos,” dice Baron.⁶ Él venía con otras ideas.

Nace una investigación

Después de la reunión, Baron le pidió al abogado del *Globe* un análisis. Dos semanas después, el abogado le dijo que el *Globe* tenía 50% de posibilidades de ganar una demanda para acceder a los documentos del juicio. Para Baron, eso le parecía una buena probabilidad. Antes de presentar la demanda, sin embargo, necesitaba el acuerdo del director Gilman. Luego de escuchar en silencio mientras Baron defendía su intención de ir a tribunales, Gilman acordó que era lo correcto. Baron salió apresurado de la oficina de Gilman antes de que éste pudiera cambiar de opinión. El 15 de agosto, el *Globe* presentó una demanda ante la Corte Superior de Massachusetts.

Pero una demanda era sólo una alternativa – y no había garantías de que el *Globe* la ganara. Baron recién se había encontrado con la columnista McNamara en los pasillos. Según Baron,

⁶ Entrevista del autor con Martin Baron en Boston, Massachusetts, 4 de abril de 2008. Todas las citas siguientes de Baron provienen de esta entrevista, salvo que se indique lo contrario.

McNamara (ganadora de un Pulitzer) lo urgió a lanzar una investigación. El *Globe* tenía al Equipo Spotlight, una unidad célebre creada en 1970 para realizar periodismo de investigación. ¿Tendría sentido como proyecto para Spotlight? Baron consultó con el Editor de Proyectos Especiales, Ben Bradlee, Jr., quien supervisaba el equipo, y con Walter Robinson, el editor y reportero jefe del equipo.

Bradlee, ex editor de la sección metropolitana, había liderado la agresiva cobertura del *Globe* sobre otro sacerdote católico condenado por pedofilia a comienzos de los noventa. El padre James Porter había sido condenado en 1993 y enviado a prisión por 41 cargos de abuso sexual de menores en varias parroquias. Las autoridades de la iglesia lo habían cambiado de una parroquia a otra, y la diócesis de Fall River acordó pagar más de US\$ 7 millones a sus víctimas. Sin embargo, los periodistas del *Globe*, dice Bradlee, habían “chocado contra un muro” al tratar de investigar la posible complicidad de la iglesia. Ahora con esta nueva investigación, Bradlee veía una oportunidad de continuar lo que había quedado inconcluso.

Al editor de Spotlight, Robinson, también le gustaba la idea de indagar en esta historia. Estaba impresionado por la rápida decisión de Baron de iniciar una investigación y creía que era una decisión que sólo alguien que venía de afuera podría haber tomado. “Es un gran ejemplo de lo que un nuevo par de ojos puede hacer en un diario,” dice.

Esto no significa desmerecer algunos de los grandes editores que hemos tenido, pero este era un diario muy innato... Todos nuestros editores habían surgido desde dentro del sistema. En una ciudad como Boston, te aculturabas a la ciudad, sus costumbres e instituciones, y no necesariamente piensas fuera de la caja con tanta frecuencia como se debe.⁷

Hacía poco que el equipo había terminado una investigación sobre el mal trabajo de una constructora de casas de lujo. No tenían grandes temas pendientes. Pero antes de comprometerse a una investigación a gran escala, harían un poco de reporte preliminar.

El Equipo Spotlight

El Equipo Spotlight gozaba de una inusual autonomía y libertad dentro de las operaciones del diario. Típicamente, pasaba semanas y meses reportando temas, que tendían a concentrarse en la corrupción gubernamental y el crimen organizado. “Es uno de los mejores trabajos en el periodismo,” señala Robinson. Unidades como estas eran prohibitivamente costosas; muchos diarios no podían mantener una. Las investigaciones de Spotlight ocupaban a cuatro de los mejores periodistas del *Globe*, que de lo contrario hubieran producido cientos de artículos de prensa al año.

⁷ Entrevista del autor con Walter Robinson en Boston, Massachusetts, 4 de abril de 2008. Todas las citas siguientes de Robinson provienen de esta entrevista, salvo que se indique lo contrario.

La encarnación del Equipo Spotlight en 2001 era nueva. El único miembro con más de un año en la unidad era Matt Carroll, quien se especializaba en el periodismo asistido por computadora. Robinson se había integrado a Spotlight a fines de 2000, trayendo con él más de 25 años de experiencia como reportero político local, corresponsal ante la Casa Blanca, y jefe del buró en el Medio Oriente del *Globe*. Bradlee y Robinson reclutaron a Michael Rezendes, un reportero político quien en sus 11 años en el *Globe* había trabajado como jefe del buró que cubría el Municipio, ensayista semanal y reportero nacional itinerante. El respeto que Rezendes tenía por Robinson y Bradlee era tal que inmediatamente aceptó integrarse al equipo. Algo grande iba a suceder, lo presentía. “Quiero decir, lo sentía en mis huesos,” dice.⁸ Para completar el equipo, Bradlee y Robinson trajeron a Sacha Pfeiffer, una experimentada reportera judicial que ya había escrito sobre el caso Geoghan.

Hurgando. Primero, el equipo quería saber si el escándalo iba más allá de un solo sacerdote. ¿Qué sabían – si sabían algo – los líderes de la iglesia sobre Geoghan y otros sacerdotes abusivos? Dice Baron:

¿Podemos documentar en este caso que el cardenal y la jerarquía de la Arquidiócesis sabían que Geoghan abusaba a menores y que, a pesar de ello, lo trasladaron de una parroquia a otra donde siguió abusando a otros niños? Y, si así fue en el caso de Geoghan, ¿sucedió en otros casos, y si es así, en cuántos y con qué frecuencia? Estas eran las dos preguntas que requerían respuesta.

Los reporteros sabían que las altas autoridades de la arquidiócesis probablemente no hablarían con ellos. Pero otros tal vez sí. Si hubo abusos sexuales, entonces había víctimas, y si había víctimas, entonces posiblemente había abogados. El Equipo Spotlight trabajó en los teléfonos. “Los cuatro comenzamos a llamar a todo el mundo,” dice Robinson. “Todas las personas que conocíamos y que podían saber algo sobre el tema. Ya sabes, estábamos hurgando en la oscuridad”.

Dentro de alrededor de una semana, descubrieron que la iglesia había pagado secretamente a varias personas para evitar que presentaran demandas por abuso sexual en contra de sacerdotes. Estos arreglos servían los intereses de todas las partes: los abogados recibían dinero sin tener que ir a juicio, la arquidiócesis mantenía ocultos los crímenes y las víctimas permanecían en el anonimato. Todos en el Equipo Spotlight acordaron que la situación ameritaba una mayor investigación y el desafío de hacerlo, dice Pfeiffer, aumentó su atractivo. Ella señala:

[L]a iglesia no era una entidad pública, no tenía que darnos nada y no quería darnos nada. Las víctimas de abuso sexual a menudo sentían vergüenza y no querían hablar. Los abogados que las representaban

⁸ Entrevista del autor con Michael Rezendes en Boston, Massachusetts, 8 de mayo de 2008. Todas las citas siguientes de Rezendes provienen de esta entrevista, salvo que se indique lo contrario.

habían desarrollado esta veta y estaban ganando mucho dinero, así que no tenían interés en hablar. Así que era el desafío máximo: ¿cómo obtener información?⁹

A esas alturas, los periodistas percibían que estaban detrás de una gran historia. Pensaban que tal vez hasta una docena de sacerdotes podrían estar involucrados. Le contaron a Baron lo que habían descubierto y él autorizó un proyecto propiamente tal. A fines de agosto, el Equipo Spotlight asumió una nueva, enorme tarea: descubrir lo que la Arquidiócesis Católica de Boston sabía de los sacerdotes pedófilos en sus filas.

El escenario nacional

Al adentrarse en la historia de abusos de los sacerdotes, los reporteros del *Globe* se dieron cuenta de que era parte de una tendencia nacional. Recordaban el caso Porter en 1992 y sabían vagamente de casos similares en distintas partes del país. El primer caso que se convirtió en noticia nacional fue en 1985 en Lafayette, Louisiana, donde 11 niños dijeron que habían sido abusados por su sacerdote, el padre Gilbert Gauthé. En el juicio, se supo que sus superiores habían sabido del problema de Gauthé, le consiguieron tratamiento inadecuado, continuaron trasladándolo a pesar de que tenían razones para creer que todavía era un peligro, y efectuaron pagos confidenciales a sus víctimas.

En reacción al caso Gauthé, tres hombres escribieron un informe de 93 páginas llamando a crear políticas para enfrentar casos de sacerdotes abusadores. En el informe, que era confidencial en la época, los autores – el padre Thomas P. Doyle, abogado canónico de la Embajada del Vaticano en Washington, F. Ray Mouton, abogado defensor de Gauthé, y el psiquiatra Michael R. Peterson – predijeron que el escándalo le costaría a la iglesia mil millones de dólares y dijeron que la pedofilia era “una enfermedad de toda la vida SIN EXPECTATIVAS EN ESTOS MOMENTOS de una cura”.

Los autores del informe intentaron introducirlo en la reunión de la Conferencia Nacional de Obispos Católicos en 1985. Les fue difícil contar con apoyos, pero tenían el respaldo de un prelado influyente: el nuevo arzobispo de Boston. “Law definitivamente nos apoyaba,” dijo Doyle. Si embargo, Law retiró su apoyo a última hora sin explicaciones, y los obispos se negaron a tratar el informe, que fue archivado.

Mientras, el escándalo se ampliaba, con acusaciones de abuso sexual a lo largo del país. En 1987, un artículo distribuido por Knight-Ridder dijo que “la renuencia de la iglesia a enfrentar el problema es una bomba de tiempo esperando detonar dentro del catolicismo americano.” En 1993, decenas de personas acusaron a siete sacerdotes en Worcester, Massachusetts de abusos sexuales. En 1998, un obispo de Palm Beach, Florida renunció luego de admitir haber abusado a cinco ex

⁹ Entrevista del autor con Sacha Pfeiffer en Boston, Massachusetts, 8 de mayo de 2008. Todas las citas siguientes de Pfeiffer provienen de esta entrevista, salvo que se indique lo contrario.

monaguillos. En 1999, muestras de ADN y grabaciones demostraron que un obispo de Santa Rosa, California, había tenido relaciones sexuales con uno de sus sacerdotes – un escándalo que remeció a una arquidiócesis que ya estaba pagando US\$ 5,4 millones en acuerdos extrajudiciales en casos de abusos sexuales de menores. También en 1999, el Cardenal Joseph Ratzinger, entonces Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe del Vaticano, suspendió sin explicaciones un procedimiento canónico en contra de un sacerdote mexicano acusado de abusos sexuales. En 2000, un joven sacerdote en Middleton, Massachusetts fue procesado por presuntamente haber abusado sexualmente a 29 niños.

Estos pocos casos, no obstante, fueron tratados por la Iglesia Católica como sucesos aislados. La iglesia, y en alguna medida la prensa, parecía conformarse con mostrar la creciente lista de casos como historias de sacerdotes individuales que habían pecado y fueron expuestos y llevados ante la justicia.

La “ciudad más católica”

Si había un lugar en Estados Unidos donde una gran investigación sobre la Iglesia Católica podría causar conmoción pública era Boston. Como señala Rezendes, periodista del *Globe*, Boston “era la más católica de las grandes ciudades del país”. Las tres ciudades más pobladas de Estados Unidos – Nueva York, Los Angeles y Chicago – tenían más católicos, pero Boston tenía la mayor proporción por población. De las 3,8 millones de personas que vivían en la región metropolitana de Boston en 2001, cerca de dos millones eran católicos.

El arzobispo de Boston presidía una extensa red de parroquias, escuelas, seminarios, conventos y hospitales. El mero título le confería un poder significativo, y durante gran parte del siglo 20, los omnipresentes arzobispos de Boston habían expandido el rango de su jurisdicción, ejerciendo su poder mucho más allá de la iglesia, y más allá de Boston. “La Arquidiócesis de Boston es una institución católica americana singular,” escribió un diario de Minneapolis cuando el líder de la arquidiócesis en esa ciudad estaba siendo considerado para el puesto en Boston. “Es para la iglesia lo que los Yankees de Nueva York son para el baseball, lo que Carnegie Hall es para la música, lo que Broadway es para el teatro.”¹⁰

No era sólo el número de católicos en Boston lo que explicaba su lugar especial en la imaginación de los católicos en todo el país; era su historia. Establecidos en la cuna del Puritanismo americano, los católicos habían superado la persecución y ascendido a los más altos niveles del poder político, económico y social. En ese sentido, la historia de los católicos de Boston era también la historia de los irlandeses de Boston. Los descendientes irlandeses representaban a más de un cuarto de los católicos en la ciudad y un porcentaje aún mayor de su clase gobernante.

¹⁰ Warren Wolfe, “Could Flynn be a savior in Boston?; The Twin Cities archbishop might get the ‘toughest job in the Catholic Church,’” *Star Tribune*, 28 de abril de 2003.

Mientras llegaban oleadas de inmigrantes a Boston en las décadas de 1820 y 1840 y a inicios del siglo 20, los protestantes reaccionaron con hostilidad. Floreció una prensa anti-católica. En una ciudad donde los empleos eran escasos, en todos lados colgaban letreros con la sigla NINA – “Los irlandeses no necesitan postular” (“No Irish Need Apply”). Enfrentados a la discriminación y rechazados por las instituciones de la ciudad, dominadas por protestantes, los católicos de Boston desarrollaron intensos lazos con sus sacerdotes, quienes ayudaron a los nuevos inmigrantes a pagar arriendos, postular a la ciudadanía y crear sindicatos.

En las décadas previas a la Segunda Guerra Mundial, la suerte de los católicos de Boston cambió. Demostraron tener talento para la política, construyeron un fuerte sistema de parroquias y produjeron hábiles líderes, como William O’Connell, el primer arzobispo de Boston nombrado cardenal. O’Connell (sirvió entre 1907-1944) centralizó el poder y construyó numerosas iglesias, escuelas, seminarios, conventos y hospitales. Campeón militante del catolicismo, no hizo ningún esfuerzo por cooperar con los protestantes cuyo tiempo, dijo, ya había pasado. Su poder político le hizo competencia al poder del gobernador. Los políticos le pusieron el sobrenombre “Número Uno”; él por sí solo podía determinar el destino de las leyes.

Su sucesor fue el Cardenal Richard Cushing (sirvió entre 1944-1970). Un apreciado populista que promovía la cooperación entre religiones, Cushing ofrecía un gran contraste con su temido, autocrático y anti-ecuménico predecesor. Sin embargo, Cushing logró una estatura que igualó a la de O’Connell. Ray Flynn, ex embajador ante el Vaticano y ex alcalde de Boston, dijo: “Los Cardenales Cushing u O’Connell podían poner su brazo sobre un candidato a alcalde y esa foto saldría en las primeras planas de los diarios, y podría significarle 40 mil votos.”¹¹

Pero si la historia de la iglesia en Boston era una historia de éxito, se encontró con un giro en la década de los sesenta. Fue entonces que la Arquidiócesis de Boston – junto con la Iglesia Católica en casi todo Estados Unidos – comenzó a declinar. Remecida por los cambios sociales, luchó por mantener sacerdotes, parroquianos y autoridad entre los católicos y la población en general. En 1968, cuando el Papa Pablo VI emitió su famosa encíclica reafirmando la oposición incondicional de la Iglesia Católica a los métodos anticonceptivos artificiales, suscitó un amplio rechazo tanto de parte de sacerdotes como de laicos. Los católicos dejaron de ir a misa o abandonaron la iglesia por completo. Menos sacerdotes entraban al seminario. Rechazando las enseñanzas de la iglesia sobre los anticonceptivos, las parejas tuvieron menos hijos. Aunque la iglesia se revigorizó en algunas partes por la llegada de inmigrantes latinoamericanos, luchó por mantener su relevancia ante muchos de sus miembros.

¹¹ Pamela Ferdinand y Paul Duggan, “In Boston, Driven by Disillusionment; As Priests’ Abuse Scandal Unfolds, Irish American Catholics Angriely Confront Church,” Washington Post, 30 de octubre de 2002.

El Cardenal Law

En 1984, el Obispo Bernard Law se convirtió en el arzobispo de Boston. Reemplazó al Cardenal Humberto Medeiros, quien había alejado a los fieles católicos al apoyar un programa de transporte escolar para obligar a la integración racial en las escuelas. A diferencia de O’Connell y Cushing, ambos católicos irlandeses de Massachusetts, Medeiros, de origen portugués, no era un héroe en las comunidades obreras.

Law, en cambio, “cautivó a los líderes de la iglesia y entusiasmó a los laicos durante una semana inaugural de esperanza y celebración,” escribió el *Globe*.¹² Algunos encontraron que el carismático católico irlandés con lazos con Boston – se había graduado de Harvard – era aún más impresionante que el legendario Cardenal Cushing. Paul White, antiguo editor del periódico de la Arquidiócesis, escribió que “[a]mbos tienen fuerza, pero veo en el Arzobispo Law el encanto y personalidad y claridad y apertura que no vi en el Cardenal Cushing.”¹³ En 1985, Law viajó a Roma para ser promovido al rango de cardenal. Esta era una época relativamente buena para la iglesia, dirigida por un papa joven y poderoso. El optimismo que permeaba la iglesia era evidente en las declaraciones de Law durante la ceremonia de juramento: “Este es el momento más fuerte de la iglesia desde la Reforma.”¹⁴

Law era conocido por su rígida adherencia a las enseñanzas de la iglesia y por su tradicionalismo respecto de temas sociales como el aborto, que calificó de “oscuridad primordial de nuestros tiempos”. Estuvo en los titulares de diarios por haberle prohibido a una niña con alergia al trigo usar una galleta de arroz durante la comunión. A Law y otro tradicionalista, el Cardenal John Joseph O’Connor, de Nueva York (también designado en 1984) se les conocía como “Ley y Orden”.

Ambicioso y cómodo tanto en el sur de Boston como en Roma, un conservador en una época conservadora, Law se convirtió en un líder nacional. Se hizo amigo del Presidente George H.W. Bush, con quien conversaba todos los meses, y su jefe de gabinete, John Sununu, con quien se reunía semanalmente. Su poder era tal que a veces se le mencionaba como el posible sucesor del Papa Juan Pablo II, pero el papado, dijo el *Globe*, difícilmente sería otorgado a un estadounidense, especialmente uno tan cercano a un presidente: “Si elegimos al Papa Bernard, sus críticos podrían alegar, nadie sabría si estaba hablando en representación de la iglesia o del Partido Republicano.”¹⁵

¹² Equipo de Investigación del Boston Globe, *Betrayal*. (Little Brown, 2002), p.33.

¹³ Equipo de Investigación del Boston Globe, *Betrayal*. p.34.

¹⁴ Jack Thomas, “Crisis in the Church; Scandal Darkens a Bright Career.” *Boston Globe*, 14 abril de 2002.

¹⁵ Daniel Golden, “The Cardinal’s Ambitions; Does Cardinal Bernard Law Serve the Pope or the President? Is He Prelate or Politician—or Both?” *Boston Globe*, 22 de abril de 1990.

Aunque sus relaciones con personajes nacionales eran fuertes, el Cardenal Law no tenía una relación tan cordial con el *Globe*.

El Diario y el Cardenal

Aún en sus primeros años en el puesto, el *Globe* ya era crítico de las maniobras políticas de Law:

Lo quiere todo, el poder secular y el religioso. Actúa en ambos roles – el pragmático educado en escuelas públicas y en Harvard, y el sargento del Vaticano que aprendió a obedecer órdenes como hijo de un coronel de la Fuerza Aérea. Se relaciona con la crema de la cultura americana, y luego proclama que la iglesia debe ser contracultural. Un pragmático detrás del corazón del Presidente Bush en cuanto en asuntos seculares, y un hombre de línea dura al estilo de Juan Pablo II en cuanto a la doctrina católica, Law es escuchado por ambos líderes – al menos hasta que éstos comparen sus notas.¹⁶

En 1989, Law condenó como “calumniosa” una denuncia del *Globe* de que él había llegado a un acuerdo con el Presidente Bush.¹⁷ Según el *Globe*, Law había accedido a guardar silencio respecto de la inacción de Bush en torno al asesinato de seis jesuitas y dos mujeres en El Salvador. A cambio, Bush avanzaría en temas de importancia para católicos conservadores, como el aborto, las oraciones en las escuelas y el apoyo gubernamental para programas de guarderías de niños de la iglesia. El caso del padre Porter en 1992 sólo exacerbó la hostilidad entre el diario y el cardenal.

Porter y Law. El Cardenal Law había asumido en Boston mucho después del retiro de Porter, pero el escándalo reventó durante su periodo. Cuando el caso se hizo público, Law dijo que el crimen de Porter era “un acto aberrante”.¹⁸ Los críticos afirmaron que Law tenía demasiada simpatía por Porter, citando la siguiente declaración del cardenal: “Seríamos menos que esa comunidad de fe y amor que somos llamados a ser... si no intentáramos responder tanto a la víctima y al traidor con verdad, amor y reconciliación.”¹⁹

El Cardenal Law se negó a responder a las preguntas del *Globe* sobre Porter y en respuesta a su agresiva cobertura, dijo: “Por todos los medios, llamamos a que el poder de Dios caiga sobre la prensa, especialmente el *Globe*.”²⁰ Law conocía a su audiencia: muchos trabajadores católicos ya

¹⁶ Golden, “The Cardinal’s Ambitions,” *Boston Globe*.

¹⁷ Gill Donovan, “Ambition, Defense of Institutional Church Drove Cardinal’s Career; Church In Crisis,” *National Catholic Reporter*, 27 de diciembre de 2002.

¹⁸ Equipo de Investigación del Boston Globe, *Betrayal*. p.7.

¹⁹ Kay Longcope, “Sexual Abuse by Priests is a ‘Betrayal,’ ‘Rare,’ Law Says,” *Boston Globe*, 14 de mayo de 1992.

²⁰ Steve Marantz, “Law Raps Ex-Priest Coverage,” *Boston Globe*, 24 de mayo de 1992.

consideraban al *Globe* como una institución elitista, Brahmin y anti-católica. Law estaba presionando dos botones rojos: religión y clase. “Boston es la ciudad con más conciencia de clase en Estados Unidos,” señaló Bradlee, entonces editor de Metro.²¹ Fue causa de irónica diversión al interior del *Globe* el hecho de que, una semana después de que Law llamara a que el “poder de Dios” cayera sobre el diario, Jack Driscoll, editor de *Globe*, y quien era católico irlandés, se cayó y rompió la pierna.

Pero no todos en el *Globe* encontraban divertidas las acusaciones de que el diario tenía un prejuicio anti-católico. Parecía que las frecuentes quejas de la Arquidiócesis sobre la cobertura del *Globe* habían encontrado un público receptivo entre los altos ejecutivos del diario. Carroll, un reportero del Equipo Spotlight, dijo que en la época, no había “apetito” para indagar más sobre los abusos sexuales dentro de la iglesia. “Creo que después de Porter había una sensación entre los altos directivos de que habíamos sido demasiado duros con la iglesia,” dice Carroll.²²

Law eventualmente reveló una nueva política para lidiar con sacerdotes abusadores. Bajo el nuevo reglamento, la arquidiócesis pagaría por la atención psicológica de las víctimas y establecería un panel de revisión compuesto por religiosos y miembros laicos para que indagaran sobre las acusaciones de abuso. Pero Law se reservó el derecho de trasladar a los sacerdotes abusadores que habían recibido tratamiento, y preservó para la arquidiócesis la responsabilidad principal de manejar los casos de abusos. Ni las leyes ni la política de la iglesia exigían a los sacerdotes informar a las autoridades civiles sobre acusaciones de abuso sexual.

El *Globe* no estaba impresionado. Una editorial señaló: “Con la publicación de su política pastoral sobre malas conductas sexuales con menores, la Arquidiócesis de Boston ha perdido una oportunidad importante para comunicarle a los parroquianos y al público que comprende la profundidad del problema.”²³

El *Globe* y los católicos de Boston

Históricamente, el *Globe* había tenido una relación amistosa con la Iglesia Católica. Aunque los hombres que eran dueños y ejecutivos del *Globe* era protestantes, el diario tenía a muchos católicos irlandeses entre su personal, y su influencia llevó al *Globe* a rechazar el anti-catolicismo de los “Bostonianos correctos.” El diario luchó con éxito por el derecho de los sacerdotes a ofrecer la extremaunción en hospitales públicos. En la década de 1880, el *Globe* era el único diario en la ciudad que apoyó la independencia de Irlanda, y su circulación aumentó en consecuencia.

²¹ Entrevista telefónica del autor con Ben Bradlee Jr. 10 de julio de 2008. Todas las citas siguientes de Bradlee corresponden a esta entrevista, salvo que se indique lo contrario.

²² Entrevista del autor con Matt Carroll en Boston, Massachusetts, 4 de abril de 2008. Todas las siguientes citas de Carroll provienen de esta entrevista, salvo que se indique lo contrario.

²³ Los editores, “Pastoral Miscue on Child Abuse.” *Boston Globe*, 16 de enero de 1993.

Mientras los católicos alcanzaban prominencia a inicios del siglo 20, la prensa de Boston rara vez – o nunca – criticó a la Iglesia Católica. Al contrario, era deferente ante ella. El *Globe*, por ejemplo, retiró su apoyo a una ley que regulaba el trabajo infantil apenas el Cardenal O’Connell expresó su oposición a ella. La cobertura del *Globe* a O’Connell y su sucesor, el Cardenal Cushing, era favorable y a menudo aduladora.

El Globe en los 1960s. Pero en la década de 1960, las batallas culturales de la época hicieron chocar al *Globe* y la iglesia. En 1965, el diario apoyó una reforma a las leyes anticonceptivas del estado y cuando esa reforma fue aprobada en 1970, afirmó, “Nos sumamos al Siglo 20”.²⁴ En 1970, desafiando los ruegos de sus socios católicos, Winship, editor del *Globe*, publicó una editorial en contra de la prohibición del aborto. Estas posiciones llevaron a sus críticos a acusar al *Globe* de ser hostil hacia la religión. Edward King, un conservador gobernador demócrata de Massachusetts, dijo: “Si Dios está contigo, ¿quién podría oponerse a ti, verdad? Salvo el *Boston Globe*.”²⁵

En los setenta, el *Globe* apoyó el programa de transporte escolar para la integración racial de los colegios. Aunque el Cardenal Medeiros y prominentes católicos irlandeses como el senador Edward Kennedy asumieron la misma posición, muchos trabajadores católicos estaban furiosos. El diario, señala Robinson, antiguo reportero del *Globe*, “comenzó a ser visto como una institución más liberal, elitista, suburbana, afluente y educada... Y enajenado de las vidas de muchos de sus lectores, muchos de los cuales eran conservadores y católicos.”

Aún dos décadas más tarde, los críticos acusaron al *Globe* de reforzar los estereotipos negativos de los católicos irlandeses. Por ejemplo, un largo artículo publicado en 1997 sobre Ray Flynn, entonces embajador ante el Vaticano, detalló sus problemas con el alcohol. El artículo también suscitó acusaciones de anti-catolicismo de Flynn y unas 200 personas que habían llamado al ombudsman.²⁶ Así que cuando el caso del padre Geoghan estalló a fines de los noventa, el *Globe* estaba inclinado a abordarlo con cuidado.

El caso del padre Geoghan

El padre John J. Geoghan—retirado en 1993 luego de 28 años como sacerdote—apareció en las noticias silenciosamente en 1996 cuando una mujer en Waltham, Massachusetts presentó una demanda, acusándolo de haber abusado sexualmente de sus tres hijos. Ocho meses más tarde, un hombre de 22 años presentó otra demanda, afirmando que Geoghan había abusado de él a partir de 1981, cuando tenía siete años. Entre 1996 y 2000, 70 personas acusaron a Geoghan de abusos sexuales. Para el verano boreal de 2001, las demandas habían conducido a cargos criminales y 84

²⁴ Lyons, *Newspaper Story: One Hundred Years of the Boston Globe*, p.60.

²⁵ Mark Feeney y Brian MacQuarrie, “Edward King, Hard-Charging Governor, Dies.” *Boston Globe*, 19 de septiembre de 2006.

²⁶ Carey Goldberg, “Article on His Drinking Stirs Ex-Mayor’s Wrath.” *New York Times*, 28 de octubre de 1997.

juicios civiles, 70 de ellos presentados por sus presuntas víctimas y los demás por sus familiares. La iglesia prácticamente reconoció su culpabilidad cuando lo expulsó del sacerdocio en 1998 – la sanción más severa de acuerdo a las leyes canónicas. No obstante, en la lectura de cargos en 1999, Geoghan se declaró no culpable.

El *Globe* no le dio una cobertura prominente, generalmente publicando artículos de algunas cientos de palabras dentro de la sección Metro. (Un artículo sobre Geoghan llegó a estar en portada.) Pero la columnista del *Globe* Eileen McNamara tomó cartas en el asunto. Después de que se presentara la segunda demanda en contra de Geoghan, el 15 de enero de 1997 escribió:

La noticia el otro día de que el padre John. J. Geoghan, sacerdote católico romano retirado, es acusado por segunda vez en un año de abusar a niños en las parroquias de Boston no causó ningún impacto. La Arquidiócesis no sintió presión alguna para señalar qué medidas disciplinarias o terapéuticas ha tomado en este caso, si es que ha tomado alguna.

Si tomamos el abuso sexual de menores tan en serio, ¿dónde está el clamor? ¿Por qué el padre Geoghan sólo enfrenta un juicio civil por la presunta violación de niños hasta de siete años? Si somos tan implacables en nuestra persecución de pedófilos, ¿por qué no los perseguimos penalmente, en vez de permitirle retirarse en los brazos acogedores de su iglesia?

Mientras el caso Geoghan se arrastraba por años, el *Globe* lo cubría con diligencia pero sin fanfarria. Los artículos iban en las páginas interiores del diario. En tanto, Law se refería al escándalo sólo en términos generales, negándose a comentar sobre casos específicos. Por ejemplo, en marzo de 2000, en un discurso que intentaba expiar el racismo y antisemitismo de la iglesia, también pidió disculpas por los abusos sexuales. “Situaciones intolerables han causado gran sufrimiento y a veces han resultado en un distanciamiento de la iglesia,” dijo. “Hay casos obvios de abuso sexual que nos han indignado a todos, y casos menos llamativos de duras palabras y tratos duros e injustos.”²⁷

Law advertido. La columnista McNamara volvió al ataque a mediados de julio de 2001. El *Globe* ya había reportado que Geoghan se iba reiteradamente con “licencia médica” antes de reaparecer en otra parroquia, y en junio de 2001, durante la fase de presentación de evidencias previo al juicio, Law había presentado un documento que incluía una admisión: en septiembre de 1984 - antes de ocurridos los presuntos crímenes – había sido alertado sobre Geoghan. Sin nombrar la fuente, Law reconoció haber recibido una carta que señalaba que Geoghan había abusado a siete niños. El 22 de julio, McNamara escribió:

²⁷ Michael Paulson, “Laws Asks Atonement for Sins of Catholics.” *Boston Globe*, 12 de marzo de 2000.

¿Se le permitirá al Cardenal Bernard F. Law jugar a las escondidas indefinidamente? ¿Alguien le exigirá al jefe de la Arquidiócesis de Boston que explique cómo fue que pastores, obispos, arzobispos y cardenales-arzobispos que supervisaban a Geoghan nunca enfrentaron, o acaso sospecharon, sus presuntos abusos de niños en cinco parroquias distintas a lo largo de 28 años?

Una semana después, en un acontecimiento que llegó a la portada del *Globe*, Law finalmente se pronunció públicamente sobre el caso Geoghan. En una columna en el diario de la Arquidiócesis, *Pilot*, escribió: “Nunca hubo algún esfuerzo de mi parte de mover un problema de un lugar a otro.” La misma edición del *Pilot* publicó una carta del abogado de Law criticando a los abogados querellantes por no mencionar que Law había reubicado a Geoghan sólo después de que “una evaluación médica independiente indicara que esa reubicación era apropiada y segura.”

McNamara respondió con otra columna el 29 de julio – el texto que llamó la atención de Baron. En esa columna, ella se preguntaba cómo el Cardenal Law podría haber reubicado a Geoghan a nuevas parroquias aún después de presentadas las demandas civiles por abuso sexual en su contra.

O la iglesia ignoraba el tipo de abuso sexual del cual Geoghan es acusado, o sabía lo suficiente como para enviar a sus sacerdotes a centros de tratamiento para tratar de contener su pedofilia. Si lo último es verdad, ¿por qué Law no tomó más precauciones y designó a Geoghan a tareas distintas al trabajo parroquial que lo ponía en contacto diario con niños? ¿Y por qué no les cuenta a los fieles cómo supervisó a Geoghan después de mandarlo de vuelta al trabajo? ¿Cómo podría haber habido al menos 25 otras víctimas después de 1984, si el cardenal y sus agentes eran diligentes en sus esfuerzos por proteger a los niños de un sospechado predador sexual?

Era el trabajo del Equipo Spotlight tratar de responder esas preguntas.

Comenzar a escarbar

Debido a que los pedófilos tienden a ser reincidentes, el Equipo Spotlight presumió que habría numerosas víctimas – víctimas que podrían estar dispuestas a identificar a sus abusadores. Buscando ayuda para localizar a las víctimas, los reporteros recurrieron a una organización nacional, SNAP (Survivors Network of Those Abused by Priests / Red de Sobrevivientes de Abusados por Sacerdotes). En pocos días, habían encontrado víctimas, quienes a veces los condujeron a abogados, quienes a veces los condujeron a más víctimas.

No había pasado mucho cuando la arquidiócesis se enteró de que el *Globe* estaba indagando. Un periodista conversó con un abogado querellante quien, como Robinson descubriría después, llamó al abogado del Cardenal Law. En agosto, el cardenal envió a un emisario, una figura prominente de Boston, a preguntarle a Robinson lo que estaban haciendo. Robinson le dijo que sólo estaban en la etapa del reporte y que si publicaban un artículo, estarían en contacto.

Documentos desaparecidos. Para conocer a las víctimas de Geoghan, Rezendes buscó al abogado Mitchell Garabedian, quien representaba a muchos de ellos. El abogado no era conocido ni adinerado, y operaba desde una abarrotada oficina sin recepcionista. Garabedian le recordaba a Rezendes del perseguidor de ambulancia representado por Paul Newman en la película “El Veredicto”. Pero Rezendes llegó a considerarlo una persona de principios y preocupado por sus clientes. Entendía que Garabedian lo miraba con recelo por temor a que el *Globe* publicara un “artículo sensacionalista que básicamente explotaría a sus clientes sin aportar nada bueno.” Su recelo comenzó a amainarse sólo después de ver a Rezendes entrevistar a sus clientes durante horas y días.

Los dos hombres desarrollaron un respeto mutuo. Al asumir estos casos en contra de la iglesia, dice Rezendes, Garabedian “hizo algo que nadie, en última instancia, realmente tenía el coraje de hacer.” Rezendes también admiraba el ingenio del abogado. Por ejemplo, al darse cuenta de que un estatuto de “inmunidad caritativa” del estado limitaría la indemnización que podía pagar la iglesia a no más de US\$20.000, a Garabedian se le ocurrió demandar a las autoridades de iglesia como individuos.

A fines de agosto, Garabedian le contó a Rezendes algo tentador: algunos documentos en las demandas civiles en contra de Geoghan ya eran públicos. Garabedian podría haber filtrado esos documentos a algún periodista mucho antes, pero, temiendo represalias de la iglesia, había insistido en hacer todo según las reglas. Aún en un caso con una orden de confidencialidad, un abogado puede presentar solicitudes ante un juez, respaldándolos con documentos que entonces se convertían en documentos públicos. Garabedian había presentado solicitudes, acompañando documentos, y esperaba que algún periodista con iniciativa los encontrara. Pero para fines de agosto, ninguno lo había hecho, así que le dio la pista a Rezendes. Sin entregar detalles, Garabedian le dijo a Rezendes que los documentos eran potencialmente explosivos.

Pero los documentos, descubrió Rezendes, no estaban en el expediente del tribunal. Garabedian había presentado 14 conjuntos de documentos distintos, y ninguno de ellos estaba. Rezendes consultó con un abogado del *Globe*. Había una anotación en el expediente indicando que los documentos habían sido archivados. Basándose en esta evidencia, el abogado del *Globe*, Anthony Fuller, solicitó a la jueza que presidía el caso, la jueza de la Corte Superior Constance Sweeney, que ordenara la reposición de los documentos que faltaban.

Estos documentos eran un sub-conjunto de los documentos que el *Globe* intentó abrir a través de su demanda anterior. Esa demanda seguía su curso: a principios de septiembre, la jueza Sweeney había escuchado los argumentos de las partes en una sesión de tan bajo perfil que asistió sólo un periodista: Rezendes. Respecto de la demanda y la solicitud, nadie podía predecir si es que se tendría acceso a los documentos - y cuándo.

Organizar los archivos

En la medida en que se reunía cada vez más información, el Equipo Spotlight sabía que organizarla sería algo esencial. Matt Carroll era, como él mismo se describe, “el custodio de los datos”. Había comenzado a trabajar en el *Globe* como corrector de pruebas y ascendió posiciones gracias a sus habilidades en el reporte asistido por computadora, que había aprendido principalmente a través de colegas. Bajo los estándares del periodismo asistido por computadora, esto era algo simple, y Carroll implementó una plantilla rudimentaria para el registro de la información.

Licencia médica. La base de datos se agrandó luego de que a Robinson “se le iluminara la ampollita”. Se le ocurrió buscar en los directorios publicados por la iglesia, que incluían el estatus y ubicación de todos los sacerdotes en la arquidiócesis. El Equipo Spotlight sabía que entre cada traslado, Geoghan había estado con “licencia médica”, así que comenzaron a examinar 17 años de directorios, prestando especial atención a las destinaciones cuando eran retirados de circulación (no destinados a una parroquia, por ejemplo). Carroll recuerda:

Estarías revisando desde, por ejemplo, 1997, 1998, 1999, y los primeros dos años diría John Smith, Iglesia St. Mary, Dedham, y de repente diría John Smith, sin destinación. ¿Qué significa sin destinación? O licencia médica, o algo así... O transferido a misiones en el extranjero. Ese era otro lugar donde los mandaban. Así que comenzamos a buscar ese tipo de detalles. Esa era su manera de camuflar lo que estaban haciendo.

Había razones legítimas para tomar una licencia médica, por supuesto, pero un periodo sin destinación era suficiente para despertar las sospechas del Equipo Spotlight, especialmente si el nombre de ese sacerdote había surgido en otra parte de la investigación. Aunque los directorios en sí no probaban nada, ofrecían valiosas pistas y un punto de referencia. Aquí, oculto a plena vista, había evidencia.

Los directorios eran como gruesas guías telefónicas con textos minúsculos. Pfeiffer, Rezendes y Carroll compartieron el tedioso trabajo de revisarlos. Dos de ellos revisaban los directorios y anunciaban en voz alta la información; el tercero ingresaba esos datos a una planilla. Esta era sólo una de las arduas tareas de la investigación. El Equipo Spotlight había sido conocido como un trabajo cómodo, con pocas y distantes fechas de entrega. Ya no. Trabajaron largas jornadas enclaustrados en “la cueva”, dos pequeñas salas en la planta baja del edificio del *Globe*.

Cuando tenían un inusual día libre, ya no les quedaban muchas energías para las familias. “Estaba molido,” dice Carroll, que tenía cuatro pequeños hijos.

Como responsable del equipo, Walter Robinson podría haber dejado parte del trabajo pesado a los otros, pero era siempre el primero en llegar a la oficina en la mañana, al amanecer. Conocido cariñosamente como Robbie, era erudito pero hosco, alguien a quien se le podría imaginar hablando con estibadores como con jefes de Estado. Infatigable y meticulado, impresionaba a sus colegas menos experimentados, que tenían poca alternativa que seguirle el ritmo. Robinson también era un reportero a la antigua. El 7 de septiembre, se reunió en el centro de la ciudad con dos fuentes que le entregaron una lista de sacerdotes cuyos presuntos abusos habían gatillado los acuerdos extrajudiciales de dinero. Había más de 30 nombres en esa lista.

11 de septiembre. La investigación se paralizó, sin embargo, con los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001. Todos los medios de comunicación de Estados Unidos se reorientaron toda su atención a cubrir la tragedia nacional. El *Globe* tenía un interés particular, ya que los dos vuelos que impactaron las Torres Gemelas de Nueva York habían partido desde Boston. El Equipo Spotlight fue sacado de la investigación sobre los abusos sexuales de sacerdotes. “Era obvio,” dice Robinson.

Crece la base de datos

Para mediados de octubre, no obstante, la etapa de cobertura más intensiva del 11 de septiembre había finalizado, y los periodistas de Spotlight retomaron su investigación. Continuaron revisando los directorios y eventualmente identificaron a más de 100 sacerdotes con destinaciones sospechosas.

También inventaron otras maneras de identificar a sacerdotes sospechosos. Por ejemplo, armaron una lista de todos los abogados, incluyendo abogados de la iglesia, que habían trabajado en casos de abusos sexuales que involucraban a sacerdotes. Carroll tenía un contacto en los tribunales quien, usando el número de la Junta de Supervisores de los abogados, identificó todos sus casos durante los últimos 15 años – más de mil en total, incluyendo muchos en los cuales se acusaba a sacerdotes. Estos casos llevaron a más abogados, que a su vez condujeron a más casos.

En algunos casos, el computador no tenía ninguna información sobre casos específicos, así que los reporteros iban al tribunal para obtener los expedientes y descubrían que habían sido incautados: después de los acuerdos extrajudiciales, los jueces habían accedido a la solicitud de la iglesia de sellar los registros – una señal de la deferencia con la que era tratada la iglesia. Era como si estas querellas nunca hubiesen existido. En respuesta, el *Globe* solicitó a los jueces reabrir esos expedientes.

No todos los métodos del Equipo Spotlight eran tan complejos o consumían tanto tiempo. Era un secreto mal guardado que la iglesia utilizaba una mansión en Milton para acoger a sacerdotes que estaban entre destinaciones. Por casualidad, la mansión quedaba apenas a un cuarto de milla de la casa de Robinson. Al revisar los registros de residencia en la municipalidad de Milton, Robinson descubrió que alrededor de doce sacerdotes habían inscrito amablemente la mansión como su lugar de residencia.

Con el tiempo, el equipo descubrió que gran parte de la información que había reunido reafirmaba – y era reafirmada – por información que ya tenía. Podía ser que un sacerdote citado por un abogado ya estaba en la base de datos de Spotlight porque había anotado la mansión Milton como su residencia. O que los directorios mostraban que un sacerdote había tomado “licencia médica” dos semanas después de que la iglesia recibiera una denuncia sobre su comportamiento.

Mientras tanto, aguardaban el fallo sobre la demanda presentada por Baron y continuaban entrevistando a víctimas.

Cuando la historia se torna personal

Algunas víctimas ansiaban contar sus historias. Otras sólo querían hablar *off the record*, y otras no querían hablar en absoluto. En un caso, cuenta Robinson, “la víctima no quería hablar con nosotros, pero su padre nos contó sobre un sacerdote que no sólo había abusado de niños, sino que también mató a un niño en un accidente de auto cuando manejaba ebrio.” Ese sacerdote era el padre Ronald Paquin.

Paquin “le pertenecía” a Pfeiffer: los periodistas de Spotlight se habían repartido los sacerdotes. Pfeiffer, resultaba, estaba a cargo de entrevistar a las víctimas de los tres sacerdotes acusados más frecuentemente de abusos (aparte de Geoghan): Paul Shanley, Joseph Birmingham y Ronald Paquin. Como ex reportera de tribunales con años de experiencia en conversar con víctimas de crímenes, Pfeiffer tenía una reputación de oyente hábil y paciente. Tanto por teléfono como en persona, ella hacía que las víctimas – casi todos hombres – se sintieran cómodas para contar sus historias. Los crímenes habían sucedido hacía años, pero algunas víctimas estaban recién enfrentando su vergüenza y confusión. “Rompía el corazón pensar que hombres adultos todavía luchaban con lo que les había pasado,” dice Pfeiffer. Algunos nunca habían contado sus historias antes de conversar con Pfeiffer. “Da vergüenza contar ese tipo de historia a cualquiera, pero tal vez fue un poco menos vergonzoso contarle a una mujer,” dice Pfeiffer.

En los inicios de la investigación, Pfeiffer se reunió en un restaurante con una de las víctimas de Shanley, Arthur Austin, de 53 años. Shanley era un carismático “sacerdote de calle”, de pelo largo, quien en los sesenta y setenta predicaba a jóvenes marginados: quienes habían escapado de sus casas, luchaban con su identidad sexual, o drogadictos. Abusó a muchos de ellos. Austin fue a verlo por primera vez en 1968. Durante los siguientes seis años, Austin se convirtió en

el “esclavo sexual” de Shanley. Mientras le contaba a Pfeiffer sobre los años de abusos y su consecuentes depresiones, Austin se quebró. “La mesera no sabía cómo acercarse a la mesa porque él lloraba todo el tiempo,” dice Pfeiffer.²⁸

Muchas víctimas habían sufrido severos daños emocionales y psicológicos. Carroll dice que tuvo que aprender a no descartar a personas que eran a menudo desconcertantes o incoherentes:

Creo que muchas veces esa excentricidad venía del hecho de que habían contado su historia por tantos años y nadie les había creído... O, para ser honesto, que los abusos los habían desequilibrado un poco.

Rezendes, quien entrevistaba a las víctimas de Geoghan, había tenido experiencias que lo ayudaron a relacionarse con ellas. Habiendo manejado un taxi y dirigido un diario comunitario en Boston, Rezendes conocía los barrios que habían producido muchas de las víctimas. Así lo explica:

La mayoría de estos jóvenes eran de barrios obreros pobres. Si uno me empezaba a contar que vivía en tal o cual barrio, yo trataba de romper el hielo comentando que sí, él vivía cerca de la botillería High Top, la parroquia del Sagrado Corazón, o algo así, para hacerles ver que yo comprendía desde donde venían.

Una vez, Rezendes pasó tres horas conversando con una pareja y sus tres hijos; dos de ellos – una niña y un niño – habían sido abusados por el padre Peter S. Kanchong, un sacerdote tailandés que había ido a trabajar a la Arquidiócesis de Boston. El hijo había intentado suicidarse. Los padres estaban devastados por la culpa. Era una cosa sospechar, como lo hacía Rezendes, de que el abuso sexual en la iglesia era “una epidemia”, por otra escuchar las historias. Rezendes dice:

Creo que todos estábamos realmente devastados por lo que estábamos descubriendo: personas pobres y vulnerables que confiaban en la iglesia como una institución que supuestamente debía cuidarlos, ayudarlos y guiarlos, y estábamos devastados por las historias sobre cómo sus vidas habían sido destruidas. Tan devastados emocionalmente, y creo que también sería justo decir que estábamos choqueados e indignados por lo que estábamos descubriendo. No sé cómo no se podía estarlo.

Reportear tu cultura

La consternación de los periodistas de Spotlight era aún más aguda porque, como descubrieron ya avanzada la investigación, los cuatro habían sido criados como católicos. Ninguno

²⁸ Roy J. Harris Jr., Pulitzer’s Gold: Behind the Prize for Public Service Journalism. (University of Missouri Press, 2007), p. 52.

era practicante, pero su experiencia creciendo en la iglesia les ofreció una comprensión intuitiva de la historia y también agregó una dosis de conexión emocional. Pfeiffer, originalmente de Ohio, se había criado católica y protestante, asistiendo a la iglesia dos veces los domingos. Dice que cuando comenzó la investigación, no tenía sentimientos particulares respecto de la Iglesia Católica; para ella, era una historia interesante que podía abordar de manera relativamente objetiva. Sin embargo, con el tiempo, el tema le afectó. Su madre, de hecho, había crecido en Boston. Pfeiffer dice:

Ella era una de esas católicas devotas para quien uno de los grandes honores era tener al sacerdote en casa para cenar, y fue muy interesante para mí ver cómo personas como mi madre, que pensaba que los sacerdotes eran ángeles y santos y no hacía preguntas, y no cuestionaría a la iglesia, básicamente permitió que esto sucediera por tanto tiempo.

Su crianza ayudó a los periodistas a comprender el poder del sacerdocio. En la mayoría de las comunidades católicas, los padres se sentían honrados de que los sacerdotes mostraran un interés activo en sus hijos, y en las familias grandes, especialmente aquellas sin un padre, la ayuda para cuidar a los niños era invaluable. Si surgían sospechas, la gente les daba a los sacerdotes el beneficio de la duda. El *Globe* descubrió casos en que los niños les habían contado a sus padres que habían sido abusados, y los padres no les creyeron.

Periodistas fogueados —y antiguos católicos— los miembros del Equipo Spotlight esperaban descubrir secretos. Pero lo que encontraron excedía sus expectativas. Fue la prevalencia de los abusos lo que les impactó, y, más que eso, los esfuerzos de la iglesia para ocultarlo. “Aunque yo sabía que [los abusos sexuales en la iglesia] era un problema, yo nunca, ni por un segundo, pensé que descubriríamos lo que descubrimos,” dice Rezendes.

Carroll recuerda sentirse “impactado y entusiasmado y un poco desconcertado” en la medida en que el rol de la iglesia se hacía más evidente. Carroll era originario de Massachusetts y su tía había sido monja; tenía vívidos recuerdos del Cardenal Cushing en los años sesenta. Dice:

Él construía hospitales y orfanatos a lo largo del área metropolitana de Boston y eso es todo lo que uno veía en televisión, este tipo viejo pero obviamente muy bien intencionado, un dulce tipo haciendo tantas cosas buenas para la comunidad, ayudando a la gente en todas partes. Mi padre siempre fue activo en el consejo de la parroquia, así que siempre tuvimos a sacerdotes de visita, y conocía a mi tía y era una mujer maravillosa, y yo tenía el más alto respeto por la iglesia. Y de repente empiezas a ver todo esto, que lo están encubriendo, y ¿qué estaba pasando? Era incomprensible y alucinante.

No era sorprendente, entonces, que sus reacciones humanas amainaran su entusiasmo por la historia. Robinson recuerda: “Hay algunas investigaciones que uno hace cuando está

entusiasmado y acelerado. Creo que en este caso, no era un tema que nos hacía saltar, porque el tema en cuestión era tan sombrío, tan espantoso y desconcertante, tan deprimente.” Sin embargo, esas mismas características hacían imposible abandonarlo. Dice Pfeiffer:

Una vez que logramos adentrarnos en esa red de abogados y víctimas dispuestas a hablar con nosotros, nos dimos cuenta de que había cientos de historias que se parecían. Un sacerdote abusa a un niño, los padres le cuentan a la iglesia, el sacerdote desaparece y reaparece en otra parte. Eso pasaba mucho, y estaba claro que los números eran bastante altos.

Potencial reacción

El Equipo Spotlight pasó octubre y comienzos de noviembre de 2001 reuniendo evidencia, entrevista a entrevista, documento a documento. Gradualmente, comenzó a distinguir las dimensiones de la historia. De hecho, los oscuros hechos representaban un desafío: parecía demasiado malo para ser verdad. Precisamente lo que la constituyó en una buena historia en el sentido periodístico la hacía más difícil de reportear y escribir. Si estaban impactados estos experimentados periodistas, ¿cómo reaccionaría el público? Dice Robinson:

Yo podría haber ido donde mis mejores amigos, que confían en mí implícitamente, y contarles la historia de lo que hizo Geoghan y lo que hizo la iglesia para encubrirlo, y no me hubiesen creído. Porque no puedes creer que una institución como la Iglesia Católica permitiría que se dañara tanto a los niños y por tantas décadas. Nadie lo creería. Nosotros no lo podíamos creer.

Aunque Baron no tenía una relación muy íntima con las comunidades católicas, estaba muy conciente del carácter explosivo de la noticia. Sabía, en primer lugar, que su propia religión podría convertirse en un tema: los críticos podrían señalar que había llegado un “editor judío” para inmediatamente lanzar una investigación sobre la iglesia. Baron agrega:

Yo esperaba que hubiese una suerte de explosión de antipatía hacia el *Globe*, de sentir que, una vez más, el *Globe* perseguía a la Iglesia Católica, y que no ganaríamos ningún amigo entre los católicos devotos.

El diario también estaba consciente del potencial impacto económico que la publicación de una noticia impactante pudiera tener, en una época de decreciente circulación e ingresos. Eso no significaba que suspenderían la publicación, pero Baron y sus colegas debían ser realistas. “Cuando [los diarios] están perdiendo lectores, hay una sensibilidad mayor hacia la posibilidad de molestar a una buena parte de la comunidad y hacer que cancelen sus suscripciones,” explica Baron.

Bradlee afirma que había una “comprensión no verbalizada” entre los periodistas de que los riesgos eran inusualmente altos: estaban, a fin de cuentas, produciendo una historia que incriminaba a la institución más poderosa de la ciudad, una fuente de orgullo y consuelo para millones. Aunque los periodistas de Spotlight no podían prevenir una reacción hostil, podían tratar de minimizarla. Podrían reportear la historia de manera exhaustiva, utilizando documentación y fuentes identificadas donde fuera posible. Resolvieron hacer esfuerzos especiales por redactar de manera desapasionada y evitar utilizar lenguaje cargado y exageraciones, para que los críticos no encontraran ningún gancho en que colgarse para acusarlos de parcialidad. “Teníamos que hacer esta historia a prueba de balas,” dice Pfeiffer.

Rezendes recibe una pista

A principios de noviembre, la jueza Sweeney tomó una decisión sobre la solicitud del *Globe* de ver los documentos que habían desaparecido del expediente. La jueza ordenó a que Garabedian los repusiera. Finalmente, Rezendes podía ver los documentos que Garabedian había descrito como “potencialmente explosivos”. Fuller, el abogado del *Globe*, aseguró copias de los documentos, los copió y envió a Rezendes por servicio de mensajería. En su escritorio, un ansioso Rezendes abrió el sobre.

Los contenidos constituían pruebas irrefutables. Lo más significativo era una carta del Obispo John D’Arcy al Cardenal Law, escrita en 1984 después de que Law trasladara a Geoghan. D’Arcy objetó la decisión de Law, citando el “historial de involucramiento homosexual con jóvenes” de Geoghan. Esta advertencia de diciembre de 1984 de parte de uno de sus principales lugartenientes era distinta a la advertencia que Law admitió haber recibido de fuentes anónimas en septiembre de 1984. La carta de D’Arcy significaba que alguien de alto nivel en la arquidiócesis había aceptado como un hecho la pedofilia de Geoghan. La importancia de la carta, dice Rezendes, era clara: Law sabía. Él sabía que Geoghan era un pedófilo en serie cuando lo trasladó a la parroquia St. Julia en Weston, donde se le puso a cargo de los monaguillos. Rezendes agrega:

Esta era una carta básicamente de uno de sus principales lugartenientes diciendo que Geoghan era un gran problema. Así me demostró que Geoghan no era alguien que había pasado desapercibido. El destino de Geoghan y sus hazañas en realidad eran discutidos y debatidos en los más altos niveles de la arquidiócesis.

Los documentos repuestos por Garabedian también incluían un extracto de una declaración de Joanne Mueller, una madre soltera de cuatro niños en Melrose, un pueblo al norte de Boston. Aunque en la época Geoghan estaba designado en Hingham, en South Shore, se había hecho amigo de Mueller. Él le daba consejos espirituales y cuidaba a sus hijos, que tenían entre cinco y 12 años. Regularmente los llevaba a tomar helado y los acostaba de noche. Una noche el tercer hijo se acercó a su madre y le insistió que ella lo protegiera de Geoghan. “No quiero que me

haga eso a mi pi-pi,” le dijo, según su testimonio. Ella reunió a todos los niños y entonces descubrió que Geoghan los estaba violando oral y analmente.

Ella acudió inmediatamente al sacerdote local y le contó lo que había sucedido. El padre Paul E. Miceli, quien conocía a Geoghan y a la familia de Mueller, le dijo que Geoghan “nunca más sería un sacerdote”. También le aconsejó no contarle a nadie más lo que había sucedido. “No pienses en ello,” le dijo. “No sucederá nunca más.”

Había un tercer documento importante: una carta enviada por la tía de unas víctimas al predecesor de Law, el Cardenal Medeiros. Cuando fue destinado a Jamaica Plain de 1974 a 1980, Geoghan había abusado de siete niños al cuidado de Maryetta Dussourd. Tres de los niños eran de ella y los otros cuatro eran de su sobrina. Dussourd descubrió lo que había sucedido luego de que los niños se lo confiaran a su hermana, Margaret Gallant. Dussourd reclamó ante el pastor de una parroquia local, el padre John E. Thomas, y Geoghan fue puesto con “licencia médica”. Pero un año más tarde, en 1981, Geoghan reapareció en la iglesia St. Brendan, en Dorchester. Gallant le escribió a Medeiros para objetarlo. “Me da vergüenza de que la iglesia sea tan negligente,” escribió. “Independientemente de lo que él diga o lo que diga el médico que lo trató, no creo que esté curado; sus acciones sugieren fuertemente que no lo está, y no existen garantías de que personas con estas obsesiones puedan curarse alguna vez.”

La existencia de cualquiera de estos tres documentos, especialmente la carta del Obispo D’Arcy, ya era una gran historia. Juntos, eran una bomba. ¿Pero qué debía hacer el *Globe* con ellos?

¿Publicar o hacer una pausa?

El Equipo Spotlight no tenía la costumbre de publicar noticias en la medida en que llegaban. Al contrario, esperaba hasta poder reportear exhaustivamente un tema antes de publicarlo en un reportaje de profundidad o en una serie de artículos. Particularmente en este caso, con un tema tan controvertido, parecía tener sentido continuar su habitual práctica y esperar hasta que estuviera preparado para publicar un reportaje global. El plan en este caso era publicar un sólido artículo largo sobre Geoghan en anticipación de su juicio, que estaba programado para enero. El *Globe* podía confiar que sus competidores estaban bastante atrás en reportear este tema, si es que lo estaban haciendo. De hecho, si el *Globe* publicaba un artículo inmediatamente basándose en estos tres documentos, probablemente atraería a más reporteros a la historia. Rezendes, además, dudaba que Garabedian le hubiese contado a otros periodistas sobre estos documentos; sólo él había invertido tiempo y energía en ganar su confianza.

El problema, sin embargo, era que otros periodistas podían encontrar esos documentos. Cada vez que se adjuntaban nuevos documentos en un expediente, se hacía una anotación en él. Como estos documentos no eran nuevos, técnicamente, Rezendes había pedido a su abogado que argumentara que no había necesidad de hacer una anotación. Pero el funcionario del tribunal había

seguido los procedimientos habituales. Un reportero judicial diligente, uno que revisara regularmente los expedientes para ver si había algo nuevo, podría encontrarlos.

Este escenario le parecía plausible a Rezendes. La idea de retener el reportaje lo ponía nervioso. El *Globe* podría publicar esta noticia y luego publicar el reportaje más global cuando estuviera listo. Si publicaban de inmediato, sería un artículo sólido; se basarían en documentos que servirían para contrarrestar la predecible reacción de la iglesia.

Por otro lado, el equipo no estaba listo para publicar, como describe Rezendes, “el reportaje más autorizado.” Todavía tenían pistas que seguir, datos que chequear. Además, tal vez ganaban la demanda que, junto con la infusión de documentos, podría expandir enormemente el ámbito de la investigación. ¿Pero qué pasa si un periodista rival se encontraba con su más grande descubrimiento? Rezendes describe la decisión que debían tomar:

Algunos pensaban que debíamos publicar de inmediato. Y otros pensaban que no, que debíamos esperar y hacer lo mejor posible, hacer lo que hacemos, que es, cubrir completamente el tema y sacar el reportaje más autorizado que había lo antes posible, pero sin apurarlo por razones de competencia.

El equipo tenía que tomar una decisión.